

Coloma, «tuvo este insigne caballero *elocuencia natural grandísima*, y todas las partes »que para ser gran soldado y gran gobernador convenían» (1). Fuera de estos pasajes, que fácilmente se destacan del resto, el estilo del *Comentario*, que más bien debería llamarse memorial ó alegato en causa propia, tiene poco de literario, y á veces es tan desaliñado y confuso, que por ningún concepto puede atribuirse á la elegante pluma del autor de la *Lena*. Cuando prestó á su antiguo jefe el gran servicio póstumo de divulgar su triunfante vindicación, respetó, sin duda, el manuscrito que tenía entre manos, creyendo muy bien que cualquier enmienda ó retoque alteraría el carácter personalísimo de aquellas Memorias y haría sospechosa su veracidad.

También D. Bernardino de Mendoza confió á Diego Alfonso Velázquez de Velasco un ensayo poético suyo, que Velázquez publicó juntamente con sus propios versos. Trátase de una oda *sobre la conversión del pecador*, compuesta con fervorosa unción en liras bastante fáciles, aunque poco limadas. Velasco encabezó con ella otras que él tenía escritas á imitación de los siete salmos penitenciales, y formó con todo ello un breve y elegante volumen, estampado por las famosas prensas Plantinianas, en 1593, bajo los auspicios del gran Conde de Fuentes, D. Pedro Enríquez (2). En la dedicatoria dice Velasco: «El Señor don Bernardino de Mendoza, siendo Embajador en Francia, »me envió de Paris á Napoles las *Odas* que al principio de las mias he puesto; por »haberme incitado, como todas las demas cosas de su divino ingenio, á seguirle en la »imitacion de estos *Salmos*, á los cuales me incliné, por continuar la materia de con- »version, y tener en particular tantos devotos de nuestra nacion que ordinariamente »los dicen. Y puestos ya en la forma de más facil inteligencia que con humilde enten- »dimiento he podido alcanzar, con poco más de mi caudal que decirlo en mi lengua; »sin apartarme de la luz de algunos recibidos Interpretes, confiriendolos con personas »doctas, persuadido, ó cuasi forzado de los mismos, he resuelto imprimirlos.»

Las imitaciones de Velasco van tan ceñidas al sagrado texto, que casi pueden cali-

»Hacia una niebla tan espesa, que impedía que los de los fuertes del enemigo no los viesan, mas »oyendo algun ruido, inviaron cuarenta ó cincuenta soldados á reconocer, y hallaron que los prime- »ros de nuestra infanteria habian pasado, y que, hecho fuego, se estaban calentando alrededor de él, »y por la escuridad de la niebla estuvieron muy cerca unos de otros antes de verse. Nuestros solda- »dos desesperadamente cerraron con ellos, sin capitanes, porque todos estaban de la otra parte del »rio ocupados con Tassis en hacer pasar la gente, fuéronlos siguiendo hasta hacerlos meter en su »fuerte, y con el mismo ánimo cerraron con él, y ayudandose los unos á los otros con las picas y »alabardas lo mejor que pudieron, le entraron y degollaron más de cien hombres» (pág. 83).

(1) Pág. 106 de la ed. de Rivadeneyra (*Historiadores de sucesos particulares*, tomo II).

(2) *Odas á imitacion de los siete salmos penitenciales del Real Propheta David*, por Diego Alfonso Velázquez de Velasco. Al Ilmo. y Excmo. Señor D. Pedro Enríquez, Conde de Fuentes, d' el Consejo d' Estado d' el Rey Catolico nuestro Señor. En Amveres. En la Empronta Plantiniana. Año M. D. XCIII.

8.º 67 pp. incluso los preliminares, un soneto con que termina y dos hojas más con un *Preuilegio* y tres aprobaciones. Lleva dos escudos de armas, el del impresor Plantino y el del Mecenas, y una lámina del rey David, todo ello grabado en cobre.

Fueron reimpresas estas odas por D. Francisco Cerdá y Rico, en el curioso volumen titulado: *Poesias Espirituales escritas por el P. M. Fr. Luis de Leon, del Orden de S. Agustin; Diego Alfonso Velázquez de Velasco; Fr. Paulino de la Estrella, del Orden de S. Francisco; Fr. Pedro de Padilla, del de N. S. del Carmen, y Frey Lope Félix de Vega Carpio... En Madrid: en la Imprenta de Andrés de Sotos. Año de M. DCC. LXXIX (1779).*

8.º pp. 61-120.

ficarse de traducciones parafrásticas, aunque desmayadas y sin brío. Tanto él como Mendoza procuran imitar á Fray Luis de León, no sólo en el metro, sino en el estilo; pero lo que es sabrosa y poética llaneza en el primero, es indigencia, falta de color y prosaísmo en las odas de los dos capitanes, que parecen haber atendido únicamente á la edificación de los devotos.

Pasar desde estos ejercicios espirituales á la composición de una comedia tan des- envuelta y libre como la *Lena*, parecería extraño en nuestros días; pero en el siglo XVI á nadie podía sorprender ni escandalizar. Nuestros grandes ingenios ofrecen á cada paso estos contrastes, siendo igualmente sinceros en las veras y en las burlas, sin rastro de los hipócritas melindres y afectada gravedad que hoy se estilan. El caso de D. Francisco de Quevedo se ha repetido con mucha frecuencia, y puede tomarse como típico y normal de la sociedad en que vivía. No sabemos cuándo escribió su comedia D. Alfonso Velázquez; pero es tan literaria y pulida, demuestra un gusto tan formado é indica tanta experiencia y conocimiento de la vida, que de ningún modo podemos creer que fuese una improvisación juvenil, sino el fruto muy maduro de los viajes, campañas, devaneos y aventuras de su autor. Impresos los *Salmos* en 1593 y la *Lena* en 1602, parece seguro que la obra devota antecedió á la picaresca, al revés del caso de Alonso de Villegas y de lo que parece más natural y lógico en el proceso de la vida humana.

Tuvieron ambas obras el mismo Mecenas en el insigne capitán D. Pedro Enríquez de Acevedo, conde de Fuentes, gobernador de Lombardía, á cuyas órdenes estaba Velázquez cuando publicó en Milán su comedia (1). Pero algo singular debió de ocurrir, puesto que del mismo año y del mismo impresor encontramos otra edición, con el título cambiado, que aquí no es *La Lena*, sino *El Celoso*, con dedicatoria á distinta persona y con algunas variantes de palabras que en general mejoran el texto (2). La modificación del título pudo tener por objeto alejar la infundada sospecha de que la

(1) La identidad entre el autor de las *Odas* y el de la *Lena*, admitida por Barrera, Salvá y otros bibliógrafos, no creo que esté sujeta á contradicción alguna, aunque nunca falta quien arme car- millos sobre fútiles temas. En la dedicatoria de la segunda obra parece que se alude con bastante claridad á la primera: «Con fin de aliviar á V. S. algun rato en la vacacion de sus graues ocupa- »ciones, *renouando* el reconocimiento de su seruiçio... «sus heroicas virtudes... llaman á cele- »brarlas al *humilde talento que antes de ahora he dedicado á V. E.*» Y, en efecto, la *Lena* era la segunda obra que Velázquez dedicaba al conde de Fuentes.

Las iniciales D. A. V. D. V. que campean en la portada lo mismo pueden interpretarse *Diego Alfonso Velázquez de Velasco* (forma usada en las *Odas*) que *Don Alfonso Velázquez de Velasco*. La dedicatoria nos deja en la misma perplejidad, pues aunque está firmada con los apellidos enteros, los hace preceder de la inicial D.

Son verdaderamente extrañas las transformaciones que ha sufrido el nombre de este autor. Don Luis José Velázquez, en sus *Origenes de la poesia castellana* (2.ª edición, pág. 99), le convierte en D. Alfonso Uz de Velasco, y lo mismo Mayans en su *Rhetorica*. Otros le han llamado eclécticamente *Uz, Vaz ó Velázquez de Velasco*. ¡Tanta confusión puede nacer de una sencillísima abreviatura!

(2) *La Lena por D. A. V. D. V. Pinciano. Ilustriss. y Excellentiss. S. D. Pedro Enríquez de Acevedo, Conde de Fuentes, d' el Consejo d' Estado, Governador del de Milan y Capitan General en Italia, por el Rey Católico N. S.* (Escudo del impresor). En Milan. Por los herederos del quon (*quondam*) Pacifico Poncio et Iuan Bautista Picalia, compañeros, 1602. Con licencia de los Superiores. 16.º 5 hs. prls. y 276 páginas.

La dedicatoria está firmada en Milán á 1 de abril de 1602.

— *El Celoso*, por D. Alfonso Vz. de Velasco. A D. Iuan Fernandez de Velasco, condestable de Castilla y Leon, duque de Frias &c., del Consejo d' Estado, y presidente d' el de Italia por el rey nuestro

comedia española fuese una imitación de la *Lena* del Ariosto, con la cual nada tiene de común más que el nombre y la remota analogía de encerrarse un amante en un arca, así como en la pieza del poeta ferrarés le ocultan en una cuba ó tonel (1). Tampoco es inverisímil que Velázquez cayese en la flaqueza de lisonjear simultáneamente á dos magnates, dedicándoles una misma obra con dos títulos, aunque el procedimiento no dejaba de ser peligroso tratándose de persona tan culta y literata como el Condestable de Castilla, bien conocido por la controversia que sostuvo con Hernando de Herrera titulándose el *Prete Jacopin* y por otros papeles satíricos, de uno de los cuales hay reminiscencias en la *Lena* (2). Acaso buscó su sombra nuestro autor por no haber encontrado en el conde de Fuentes el galardón que esperaba.

Sea de esto lo que fuere, y quizá el tiempo lo aclare, la *Lena* no tiene trazas de ser fábula de pura invención, sino pintura de algún caso de la vida real, poco edificante por cierto. La misma *Lena* dice en el *Prólogo*, contando sus andanzas: «De lance en lance fui a dar conmigo en Napoles... y al cabo de pocos días me resolví de tomar casa de por mí, y puse tienda abierta de cortesana... *El que estuvo allí en tiempo del buen Duque de Osuna se acordará de la Buixa, que así me llamauan entonces*» (pág. 391).

La figura del marido celoso, en la cual se encarniza nuestro D. Alfonso con vindi-

señor. En Milan, por los herederos del q. (quondam) Pacifico Poncio y I. Baptista Piccalia, compañeros, año 1602. Con licencia de los Superiores.

8.º 278 páginas. La nueva dedicatoria al Condestable está firmada á 15 de septiembre de 1602, en Milán.

— *El Celoso*, por D. Alfonso Vz. de Velasco. Barcelona, por Sebastian Cormellas, 1613.

12.º 14 hs. prls. y 134 foliadas.

La aprobación de Fr. Tomás Roca es del 20 de noviembre del mismo año.

El Celoso fué reimpresso por D. Eugenio de Ochoa, siguiendo, al parecer, la edición de Barcelona, en el tomo I del *Tesoro del Teatro Español* de la colección de Baudry (París, 1838).

Al reproducir nuevamente la *Lena* con su primitivo título hemos tomado como texto el de la primera edición de Milán, anotando las variantes de *El Celoso*.

(1)	PACIFICO	Tanto che questi che verran con Fazio, Cercato a lor bell'agio ogni cosa abbianò.
	Or mi torna in memoria C'ho in casa una gran botte, che prestami Quest' anno al tempo fu della vendemmia Da un mio parente, acciocchè adoperandola Per tino, le facessi l'odor perdere Ch' avea di secco: egli di poi lasciata me L' ha fin adesso. Io vò lo vo nascondere	CORBOLO Vi capirà egli dentro?
	PACIFICO	Ed a suo comodo.
		(La Lena, a. III, sc. VII).

Opere Minori in verso e in prosa di Lodovico Ariosto, ordinate e annotate per cura di F. L. Polidori. Tomo II. Florencia, ed. Le Monnier, 1857. (Pág. 320).

(2) «*Ramiro*.—Vea yo á Vs. ms. señores de dos grandes ciudades.

«*Macías*.—Qué tan grandes, por vida mía?

«*Ramiro*.—Por lo menos, como la de Sumtien de la China, que (si no miente el que lo escribe) «ha menester un hombre, para atravesarla de puerta a puerta, caminar con buen cauallò tod vn dia sin pararse (esto sin los arrabales, que son otro tanto), y es de tanta gente, que en media hora pueden juntar doscientos mil combatientes, los cien mil a cauallò» (pág. 429).

Parece clara la alusión satírica á la *Historia de la China* del P. Mendoza, y á la carta del *Soldado de Cáceres*, que contra ella escribió el Condestable.

cativo ensañamiento, también parece tomada del natural, y él mismo lo indica hablando con el conde de Fuentes y con los lectores: «El jocosó concepto que en mi ocio he formado, rompiendo lanzas en un frenético y desesperado celoso...» «Hallando en mi ociosidad empeñada la melancolia en diuersos pensamientos de los graciosos tiros que muchas mugeres del tiempo viejo hixieron, y en la consideracion d' el ardiente furor de aquel triste que siente el mortal veneno de una celosa desconfianza (de cuyos raiosos desconciertos me ha tocado gran parte), me puse por mi pasatiempo, como en vengança del daño recebido, a componer esta ridiculosa comedia, en que algunos ratos he refrescado los espíritus de cierta seca tristeza mia» (pág. 389).

Este pasaje es importante para mostrar la verdadera filiación de *El Celoso*, que, siendo una de las más perfectas imitaciones de la prosa dramática de la *Celestina*, es al mismo tiempo una de las más originales ó independientes en su traza, argumento, caracteres y estilo. No hay que tomar al pie de la letra lo que el autor dice: «consideren que hablo en el papel como al primero que encuentro en la calle». Esto era lo que había hecho Francisco Delicado, pero un ingenio tan culto y fino como el de Velasco no podía satisfacerse con tan vulgar procedimiento. Fué realista, pues, de la grande escuela española, como lo había sido el autor de la *Celestina*, como iba á serlo Cervantes, de quien parece, no inmediato predecesor, sino imitador y discípulo á veces; tan grande es la fuerza de la semejanza.

Pero con ser la *Lena* tan castiza en el fondo, tiene mucho de comedia italiana en su técnica. Aunque escrita para la lectura y no para la representación, está concebida en forma de comedia y no de novela: es un poema esencialmente activo, en que conocemos á los personajes, no sólo por sus palabras, sino por sus hechos. Hasta cuatro intrigas se cruzan en él, ingeniosamente combinadas, sin daño de la claridad ni perjuicio del desenlace. En el artificio dramático, en la solidez de la construcción, en el vigor de los caracteres, vence con mucho á todas las comedias, bastante informes, que habían compuesto Timoneda, Lope de Rueda, Sepúlveda, Alonso de la Vega; y en las gracias del diálogo no cede á ninguna, con la ventaja de ser su humorismo de calidad más honda. Es pieza larga, pero no de tales dimensiones que la hagan irrepresentable, pues apenas llega á la tercera parte de la *Celestina* primitiva y no excede á la de varias fábulas que positivamente fueron representadas en Italia. En suma, la *Lena* es la mejor comedia en prosa que autor español compuso á fines del siglo xvi.

Pero ¿será enteramente original? Hasta ahora no he encontrado motivo para dudarlo. Pertenece á una escuela conocida: los medios y recursos que emplea recuerdan de un modo genérico los procedimientos del teatro italiano, y quizá más las astucias y estratagemas de amor que tanto repiten los *novellieri* ó cuentistas. El mismo Velasco llama la atención sobre esto: «No puede dexar de ser ésta de las más solenes bur-las que se hallan escritas en el *Bocacio*» (pág. 418). Pero entre las historias de maridos burlados, que abundan en el *Decameron*, ninguna concuerda exactamente con el principal enredo de la *Lena*, es decir, el entenderse los amantes por medio del canto ó recitación de ciertos versos, ardid que vemos repetido con alguna frecuencia en nuestros dramaturgos del siglo xvii, especialmente en Tirso, Calderón y Moreto. Del lance del arca ya hemos indicado que trae á la memoria otro del Ariosto, y algo semejante hay en la *Calandra* del cardenal Bibbienna; pero se trata de un tópicó vulgarísimo, que lo es también de varias novelas italianas y españolas, como la del *médico de Cádiz*.

que insertó en su *Teatro Popular* D. Francisco de Lugo y Dávila (1). El tipo del dómine Inocencio, si bien tratado con deliciosa novedad, pertenece á la familia de los *pedantes* de la comedia italiana (recuérdese, por ejemplo, *Il Candelaio* de Giordano Bruno). Otras semejanzas podrá reconocer, sin duda, la erudición de algún especialista, como el doctísimo Stiefel. Natural parece que un hombre tan leído como D. Alfonso Velázquez, que no hacía alarde de originalidad, puesto que adoptó por divisa aquella sentencia de Terencio: *Nullum est iam dictum, quod dictum non sit prius*; que se complace en citas textuales de los autores clásicos, especialmente de Propertio y Ovidio (2); que repite fábulas y cuentos de origen conocido (3), aprovechara en la rica mies del arte toscano lo que le pareciese útil, con el mismo desenfado que tenía en explotar á sus propios contemporáneos españoles, hasta el punto de haber prosificado parte de una escena y un coro de la *Nise lastimosa* de Fr. Jerónimo Bermúdez, traducción libre, como es sabido, de la *Castro*, tragedia portuguesa de Antonio Ferreira (4). Por tan extraños y tortuosos senderos camina á veces la imitación literaria, y tan raras sorpresas suele proporcionar la comparación de libros de materia y estilo muy diversos. Pero estas imitaciones ocasionales, aunque fuesen más, poco importarían en el conjunto de una obra escrita con tanto ingenio y tanta bizarría como la *Lena*.

Lo que en ella parece más italiano es el espíritu. No pudo menos Velasco de contagiarse del ambiente que por tantos años había respirado en Milán y en Nápoles. Si la *Lena* no fuese obra de puro pasatiempo y burla, comedia *ridiculosa*, como su autor la llama, habría que calificarla de inmoral en alto grado, puesto que en ella queda triun-

(1) *Teatro popular. Novelas Morales para mostrar los géneros de vidas del pueblo y afectos, costumbres y pasiones del animo cō aprouechamiento para todas personas... Por D. Francisco de Lugo y Dávila. En Madrid. Por la viuda de Fernando Correa Montenegro. Año M. D. C. XXII. A costa de Alonso Perez.*

(Reimpreso por D. Emilio Cotarelo en su *Colección Selecta de Antiguas novelas españolas*, Madrid, 1906, t. I.)

La novela del médico de Cádiz es la sexta de las incluidas en el tomo.

(2) Vid. pp. 392, 396 y 407: «No soñaua el que pintó niño á Cupido, porque propiamente el amar es de los moços..»

Quicumque ille fuit, puerum qui pinxit Amorem,
Nonne putas miras hunc habuisse manus..

(Propert., Lib. II, eleg. IX).

(3) Como la siguiente, que es de origen esópico y también está en los *Cento Novelle Antiche*:

«Acuerdome ahora de qu'estando un malhechor en la escalera, le presentaron vna moza perdida coxa, para librarle si se quisiese casar con ella; y al punto que la vio, boluiendo al verdugo, dixo: »Hazé presto, hermano, vuestro oficio, que renquea» (pág. 408).

(4) Compárese el monólogo de Macías (pág. 393) con el final del primer acto de la *Nise lastimosa*:

«Con cuánta fuerça, o Amor, arrojas las inuisibles flechas, cuyas heridas se sienten en medio del coraçon, donde con ser ciego tan incierto aciertas, derramando por las venas el oculto veneno, »con que enciendes la pureza de los más elados. Qué cetro ay que te pueda hazer resistencia, teniendo todos a tu dominio sujetos? Quién puso a Troya en tanta ruina y desventura, que d'ella no dexó casi cenizas? Quién afeminó el robusto y fuerte braço de Hercules, y puso en sus vengadoras »manos, en lugar de la pesada maça, vna ligera rueca? Si no tú, que escudriñando los más escondidos »senos del mar, en su profundo abismo a los mudos peces enciendes, a las aues en la region del aire »no perdonas; ni menos a los brutos animales, a quien traes en continua guerra. Qué braueza mues- »tran los feroces leones, los crueles tigres, los fuertes toros y los ligeros ciervos, quando se sienten heri-

fante el adulterio y vilipendiado y escarnecido el honor conyugal. Ninguno de los autores de *Celestinas* se había atrevido á tanto, salvo el anónimo de la *Seraphina*, que escribía en época de desenfadada licencia. Su comedia es monstruosa en las situaciones y en el lenguaje, y de ningún modo puede compararse su grosera lubricidad con el arte refinado y la intensa malicia de la *Lena*, donde es mucho más lo que se sobrentiende que lo que realmente se expresa: obra, en suma, más bien picante que lasciva, pero de un cinismo cómico, que convierte en materia de risa las más afflictivas flaquezas y desventuras matrimoniales. Hasta los nombres de los interlocutores corresponden, casi todos, á la *maldita y descomulgada región de Cornualla* (pág. 422). Uno se llama Aries, otro Morueco, el de más allá Cornelio, el protagonista Cervino, una dama doña Violante de Cabrera, un paje Bezerrica, un barbero Ramiro Cornato. Y en el curso de

»dos de su flecha! Al fin, todo este mundo, y el que no vemos, no es otra cosa sino una vnion y suave »liga con que todas estan travadas; tú las crias, conseruas y entretienes; por tí respiran, no se acaban; »serian los hombres peores que las fieras si tú no fueses el cebo y alimento de sus coraçones» (pág. 393).

¡Oh con cuánta crueza y osadía
Sus flechas contra todo el mundo arroja!

En el medio del alma siempre acierta,
Este joven cruel, cruel y ciego,
De allí derrama por las altas venas,
Su tósigo mortal, su fuego vivo..

...Todos á su yugo
Están sujetos, sabios, altos, fuertes,
Del poderoso rey el ceptro rico ..

O Troya, Troya, ¿quién te puso fuego,
Y no dejó de tí ni aun las cenizas?

Y tú, de Alchimena hijo valeroso,
¿Por qué la piel dejaste leonina?
¿Por qué la fuerte maza, las saetas?

¿Por qué aviltaste con mujeril traje
Aquel robusto cuerpo, y ocupaste
con huso y rueca aquellas crudas manos?

CORO

Tambien el mar sagrado
Se abrasa en este fuego...
Tambien las ninfas suelen,
En el húmido abismo
De sus cristales frios,
Arder en estas llamas;
Tambien las voladoras
Y las músicas aves,
Y aquella sobre todas
De Júpiter amiga...
¿Qué guerras, qué batallas
Por sus amores hacen
Los toros; qué braveza
Los mansos ciervos muestran!
Pues los leones bravos
Y los crueles tigres,
Heridos desta flecha,
¿Cuán mansos que parecen!
¿Qué cosa hay en el mundo

Que del amor se libre?
Antes el mundo todo,
Visible, y que no vemos,
No es otra cosa en suma,
Si bien se considera,
Que un spirito inmenso,
Una armonía dulce,
Un fuerte y ciego nudó,
Una suave liga
De amor, con que las cosas
Están trabadas todas.
Amor puro las cría,
Amor puro las guarda,
En puro amor respiran,
En puro amor acaban!...
Seriamos peores
Los hombres que las fieras
Si Amor no fuese el cebo
De nuestros coraçones...

El origen remoto de este pasaje está en Virgilio (*Georg.*, III, v. 242 y ss.):

Omne adeo genus in terris hominumque, ferarumque
Et genus aequoreum, pecudes, pictaeque volucres,
In furias, ignemque ruunt. Amor omnibus idem....

Pero el desarrollo pertenece á Antonio Ferreira, y de su imitador Bermúdez le tomó Velázquez de Velasco, como lo prueban las frases que he subrayado.

la pieza se habla del médico doctor Cornejo; del licenciado Cervera, letrado; del licenciado Bicornis, juez; del trompeta Juan Cornier, y del auditor Monseñor Cornaro, á quien piensa acudir el Sr. Aries en el pleito de divorcio de su impotente yerno. La astuta y redomada Lena da las señas de su casa al simple de Inocencio diciéndole que vive «pared en medio de un oficial de tinteros, peines, calzadores, mangos, lanternas, »peonzas y macetas de sellos» (pág. 404). Ni Quevedo apuró tanto la letra en esta materia. La *lira de Medellín*, pulsada por la diestra mano de Velasco, *sonaba siempre á cuerno*, como en su tiempo la del festivo Iglesias.

Claro es que no faltan en el libro protestas de moral, aunque ligeras y poco sentidas. El autor quiere que su comedia sirva «no sólo de entretenimiento, sino también »de útil consejo y exemplo, para excusar la terrible pasión de los celos, que consume »en su propio fuego al insensato a quien toca» (pág. 398). Y ciertamente que alguna moralidad puede sacarse de ella, aunque no sea muy sublime, sino práctica y mundana, mostrando en acción el viejo aforismo «no puede ser guardar una mujer», tema que desde Lope y Moreto hasta Molière, Beaumarchais y Moratín ha sido fuente inextinguible de donaires cómicos, no siempre bien avenidos con la autoridad familiar y el sosiego doméstico. Los celos, por detestables y ridículos que sean, nacen de un sentimiento extraviado de amor ó de honor, y suelen ser menos peligrosos en sus consecuencias sociales que la indiferencia ó laxitud contraria. Pero ya hemos visto que nuestro don Alfonso no escribía para moralizar en ningún sentido, sino para burlarse á sus anchas de un celoso con quien tenía particulares motivos de resentimiento: «Ahora acabo »d'entender ser los celos de las más violentas y bestiales pasiones que pueden tocar a »un hombre, porque si una vez se assientan en la cabeça d'el que se consume y seca »intentando vna tan oscura verificación, le haze cometer tan ridiculosos desatinos. »Bien dixo aquel qu'el celoso es loco de arte mayor, pues como tal, tiene miedo hasta »de su misma sombra, y de cosas nunca vistas, oydas ni pensadas; mirandolas como »en espejo de alinde, que se las representa muy mayores de lo que son» (pág. 434).

Toda la comedia es irónica en grado superlativo; pero donde el autor remacha el clavo es en el pregón del faraute Cornelio con que el último acto termina: «De parte »del señor Ceruino, guarda mayor de los montes, se hace saber a todo el insigne auditorio que los que no se fiaren de sus consortes estarán tan seguros como de no caer »las ojas d' el árbol en fin de otoño. Porque los celos son contra el natural ingenio de »las mugeres: cosolete de araña para los arcabuzazos; la curiosidad en todas partes »viciosa, y en esta más perniciosa. Y assi (movido de piedad y celo fraterno) amonesta »que ninguno (de qualquiera calidad que sea) los tenga, dentro ni fuera de casa, so pena »de que no le podrá faltar mala ventura. Antes, que todo el mundo se arme de la quieta »y mansa paciencia. Porque la esperiencia le ha hecho tocar con la mano que todas las »sutilezas y vigilancia de los espantados Lépidos (que no quieren dexar hacer su curso »a la Natura) son açadones con que los cuitados sacan de los centros de sus sospechas »las invisibles cornetas de la Fama. Y adierte que se burlan mas d' el que se fatiga en »poner remedio que d' el pacífico que lo dissimula o ignora, y qu' es menester gran ingenio para evitar tan inutil y enojoso conocimiento. Por lo qual aconseja (sobre su conciencia) que cada vno renueve en su casa la costumbre de los prudentísimos Romanos »(a quien deve imitar), que quando bolvian a las suyas lo embiaban delante a auissar a »sus mugeres para no cogerlas de sobresalto, descuidadas y mal compuestas» (pág. 435).

Claro que no ha de tomarse al pie de la letra tan desvergonzada exhortación á la mansedumbre conyugal, sino entenderse del revés y como legítima sátira; pero el tono escéptico y maleante de Velasco es un síntoma de ligereza moral, que no encontramos, por ejemplo, en la primera *Celestina*, cuyo fondo es grave y amargo.

Todo es, por el contrario, vivo, jovial y risueño en la *Lena*, aunque no sea fruto primaveral sino muy tardío del Renacimiento italiano. Un buen humor constante; una profunda socarronería, que se divierte en la invención de lances grotescos y de personajes estrafalarios; un chiste no verbal ni epidérmico, sino nacido de los caracteres y de las costumbres; una frescura excesiva y desahogada, pero que no llega á los límites de lo torpe, prestan singular encanto á este ameno librito. El diálogo, aunque muy recargado de picantes especias y frases de doble sentido, es tan pintoresco como dramático, lleno de brío y fuerza cómica y de ocurrencias felices. La locución es purísima y correcta, á pesar de haber residido el autor tantos años en extranjeras tierras. Entre los excelentes prosistas que dió Valladolid en nuestro siglo de oro ninguno aventaja á D. Alfonso Velázquez en la propiedad de las palabras y en la elegancia de la construcción. El doctor Suárez de Figueroa, comparado con él, parece redicho y almidonado, á pesar de sus admirables dotes. Velasco tiene la espontaneidad de los grandes escritores, sin que le falte el aliño de las letras humanas, que comunica al estilo cierta distinción aristocrática. El inconfundible matiz de su ironía, si por una parte nos hace pensar en Italia, por otra nos recuerda el gracejo fuerte y sabroso de León y Castilla la Vieja; modalidad muy digna de tenerse en cuenta en el rico museo del humorismo peninsular, aunque sea distinta de la gracia andaluza.

Españoles son ó parecen todos los personajes. La acción pasa en Valladolid, y no faltan toques de color local muy oportunamente dados. Se habla de los abogados de la Chancillería. Inocencio va á decir sus devociones al *Cementerio de la Magdalena* (pág. 399). Lena lava por su devoción paños del *hospital de Esgueva* (pág. 403). El barbero Ramiro anda por *la acera de San Francisco*, buscando nuevas que contar á sus clientes (pág. 404). Vigamón compara la dureza y estrechez de su cama con la del *guardián del Abroxo* (pág. 412). Marcia y Casandra fingen ir á *vísperas en las Huelgas* (pág. 419). También se mencionan la romería de Nuestra Señora de Prado y la de Cerveros, la renta de Toro y la de Boezillo (pág. 421), la plazuela de San Llorente, la casa de Orates y el paseo del Espolón. Cervino, «acompañado de diez ó doce escapados de la »horca», asalta á los hijos de doña Violante «en aquel passo estrecho que va de la Bohe- »riza al Rio, entre las casas del duque de Bexar y la Rondilla» (pág. 427). Hay alusiones nominales, como en el teatro aristofánico, á personas conocidas de aquella ciudad: «¿Era por ventura vuestro pariente Corcuera, Maestresala del Conde de la Gomera, que »vino á ser Tesorero del de Oñate y murió Contador del Marqués de Falces?» (pág. 400).

Todas las *Celestinas* abundan en datos de *folk-lore*, y no hace la *Lena* excepción en este punto. Algunos son por extremo peregrinos. Allí encontramos á los de la tierra de Babia, «que siegan el trigo con escaleras» (1) (pág. 394); á «los soldados de Trencha,

(1) Vid. Milá y Fontanals, *Obras Completas*, tomo V, pág. 322.

«Se ve que los habitantes de Babia (en Asturias) pasaban por hombres de pocos alcances y que se les atribuían costumbres ridiculas, como de los de otros pueblos se cuenta que quisieron secar »velas al horno ó pescar la luna reflejada en un charco, etc. La circunstancia de ser Babia país en »todo ó en parte montuoso conviene con tan extraña siega y con la errada opinión de los habitantes